

SETENTA AÑOS DE AZULES CANCIONES

César Alejandro Carrillo

Fundado en 1943 por Antonio Estévez y dirigido sucesivamente por Vinicio Adames, Raúl Delgado Estévez, César Alejandro Carrillo y, actualmente, Raúl López Moreno, el Orfeón Universitario de la Universidad Central de Venezuela, patrimonio artístico de la nación y decano de las instituciones corales universitarias del país, celebra su setenta aniversario.

Con profundo afecto a los «loros de Pizani» de todos los tiempos

NO ES FÁCIL HABLAR de instituciones que se apresten a celebrar diez, veinte o treinta años de actividad, sobre todo en un país donde la fragilidad de la memoria y la incertidumbre de lo duradero van muy tomadas de la mano. Mucho más difícil se vuelve la tarea cuando se intenta hablar de cuarenta, cincuenta, sesenta años o más. Hoy Venezuela celebra que el Orfeón Universitario, una de sus instituciones musicales más queridas y apreciadas, pueda arribar a su setenta aniversario, uno de los íconos más emblemáticos del lugar donde nació, creció y sigue evolucionando la Universidad Central de Venezuela (UCV), el espacio intelectual más plural que posee el país.

El canto colectivo

Desde tiempos inmemoriales, el ser humano, gregario por naturaleza, ha sentido la necesidad de expresar la cotidianidad de su vida social y sus estados de ánimo, de angustia y asombro frente a los mágicos y misteriosos fenómenos del Universo, utilizando el mejor instrumento con el cual la naturaleza lo dotó: su voz. Originado en las primitivas reuniones civiles y religiosas, y colectivizado en las gargantas de la tribu, el recurso expresivo de la voz brotó de manera espontánea como el mejor y más inmediato medio musical del cual pudo disponer el hombre. El canto colectivo, con el paso del tiempo, fue convirtiéndose en el medio por excelencia de las emociones humanas, aglutinando en una empresa común las mejores cualidades del hombre y realzando su condición de instrumento al servicio de la sociedad.

Los inicios: Antonio Estévez

Un lejano día de 1943, en los añejos y antiguos espacios ubicados en la avenida que por fortuna aún se llama Universidad, Antonio Estévez, un joven músico guariqueño de 27 años y alumno de composición del maestro Vicente Emilio Sojo, asume la tarea de conducir la naciente agrupación. Por sugerencia del maestro Juan Bautista Plaza, tal responsabilidad le fue asignada a Estévez por el doctor Rafael Pizani, quien con treinta y cuatro años se estrenaba como el rector más joven que haya tenido la UCV en toda su historia. Inicialmente, Pizani tenía la idea de crear una estudiantina, pero Plaza lo convenció de la conveniencia de formar un coro estudiantil, debido a la dificultad de estructurar un conjunto instrumental. Es así como ese año, el arte, encarnado en la música coral, entraría a la academia gracias al sueño de

César Alejandro Carrillo, compositor, arreglista, docente y director coral. Fue director del Orfeón de la Universidad Central de Venezuela entre 1999 y 2012. Actualmente dirige las agrupaciones Cantarte, Antiphona y Bolanegra.

Pizani, a la visión de Plaza y al empuje de Estévez. No sin cierta oposición de algunos profesores que, ante el «ruido» que producían los primeros ensayos, dieron en bautizar a los integrantes del coro como «los loros de Pizani».

Para aquella época solo existía en Caracas el Orfeón Lamas, agrupación coral fundada por Sojo en 1929. Estévez ya poseía experiencia coral dado que había pertenecido a este conjunto desde 1937 y en 1942 había fun-

El arte, encarnado en la música coral, entraría a la academia gracias al sueño de Rafael Pizani, a la visión de Juan Bautista Plaza y al empuje de Antonio Estévez

dado el coro del Liceo Andrés Bello. Trescientos aspirantes acudieron al llamado para integrar el Orfeón Universitario. Para seleccionar las voces, Estévez cuenta con dos de sus mejores compañeros, Antonio Lauro e Inocente Carreño, alumnos de composición del maestro Sojo e integrantes también del Orfeón Lamas. De ahí los nexos filiales entre el Orfeón Lamas y el naciente Orfeón Universitario, su hermano menor.

En un repleto Teatro Municipal y bajo la dirección del maestro Antonio Estévez, 89 voces confirman la fe de bautismo del Orfeón Universitario en su presentación inaugural, a las 9:30 p.m. del viernes 19 de mayo de 1944. El repertorio refleja el fuerte sentimiento nacionalista impregnado por su director a la joven agrupación. Y es que en la añeja Escuela Superior de Música José Ángel Lamas, regentada entonces por el maestro Sojo, los valores de la nacionalidad eran parte del carácter con que eran formados los alumnos de composición. Este propósito estético ha surcado la historia de la agrupación, que siempre ha mantenido en sus repertorios una importante muestra del acervo musical venezolano de ayer y hoy. A pesar de ser un coro de aficionados, Estévez le imprimirá desde el primer momento los valores de la disciplina y el trabajo en pos de los mejores resultados artísticos.

Estévez obtiene en 1944 el diploma que lo acredita como maestro compositor y al año siguiente viaja a Estados Unidos a proseguir sus estudios musicales gracias a una beca otorgada por el Estado venezolano. Mientras tanto, Evencio Castellanos, compañero de promoción como compositor junto con Estévez y Ángel Sauce, toma las riendas del Orfeón Universitario en ausencia de su fundador. De la relación entre Evencio Castellanos,

el Orfeón y la UCV, surgirá en 1946 otro de los más emotivos emblemas de la máxima casa de estudios: el Himno Universitario, con letra de Luis Pastori y Tomás Alfaro Calatrava. A mediados de 1948, Castellanos recibe una beca para estudiar en Nueva York. Durante unos pocos meses, el maestro Sojo se encarga de la dirección del coro. Estévez regresa en septiembre de 1948 y retoma las riendas de la agrupación. A finales de 1952, la UCV concluye su

traslado desde la vieja casona de San Francisco hasta las nuevas instalaciones de la Ciudad Universitaria. Pero la tensa situación política trae como consecuencia el cierre de la Universidad, el confinamiento de Estévez por razones políticas en San Carlos, Cojedes, y el cese de las actividades del Orfeón.

Segundo aliento: Vinicio Adames

La UCV reabre sus puertas en 1953 y el Orfeón se reagrupa a mediados de 1954. Israel Peña, quien para esa época era director de cultura de la Universidad, responsabiliza de la conducción del coro al joven barquisimetano Vinicio Adames, estudiante de Estudios Internacionales y a la sazón con 27 años, al igual que Estévez en 1943. Adames había sido integrante del Orfeón desde 1950 cuando ingresó a la UCV para cursar odontología. También cursó estudios en la Escuela Superior de Música José Ángel Lamas donde prosiguió las enseñanzas que había recibido de manos de Doralisa Giménez de Medina, en Barquisimeto. Como integrante del Orfeón se desempeñó como tenor solista y director suplente. A la par de sus actividades al frente de la agrupación, Adames haría carrera como tenor ligero y, además, como integrante del trío que formara con sus hermanas Yolanda y Shirley, Tres Voces y un Piano, que grabó varios discos de música venezolana. Para la época del cierre de la Universidad, Adames fundó el Orfeón Miranda y el coro de la Escuela Normal Eulalia Buroz, en Los Teques, ciudad donde residía en ese momento.

Su primera presentación como director del Orfeón Universitario ocurre el sábado 14 de agosto de 1954. Llegó a efectuar más de dos mil conciertos durante los 23 años que estuvo al frente de la agrupación. La música se convertiría en la pasión de su vida. Nunca ejerció

su profesión de internacionalista, carrera en la cual se graduó en 1958. Bajo la dirección de comienza el Orfeón a recorrer el territorio nacional: liceos, escuelas, casas de cultura, ateneos, hospitales, cárceles y parques, hasta los más humildes rincones del país. También de la mano de Adames, el Orfeón comienza a recorrer otros derroteros musicales, que vendrían a ampliar el abanico de canciones que hasta entonces venía interpretando. A las obras de los más importantes compositores venezolanos se suman las de los maestros universales: Brahms, Mozart, Schumann. En agosto de 1959 el Orfeón viaja a Panamá, Costa Rica, México, Cuba y Puerto Rico. En 1962 lo hace a Estados Unidos: Michigan, Ohio, Indiana, Washington, Nueva York y Nueva Jersey.

En 1963 el Orfeón celebra sus primeros veinte años con un emotivo concierto en el Aula Magna de la UCV. El repertorio refleja su compromiso con el arte nacional. El programa del concierto, integrado por obras de compositores venezolanos, será dirigido, en parte, por Antonio Estévez, el director fundador, y por cada uno de los autores interpretados: Antonio Lauro, José Antonio Calcaño, Juan Bautista Plaza, Vicente Emilio Sojo, Modesta Bor, Inocente Carreño, Eduardo Plaza, Vinicio Adames, Moisés Moleiro y Evencio Castellanos, autor del Himno Universitario, una de las más emotivas páginas de la música coral venezolana. Esta celebración marca el inicio de los Encuentros Nacionales de Coros Universitarios, que se repetirán cada cinco años para celebrar un nuevo quinquenio del nacimiento del Orfeón Universitario. En 1965, el Orfeón viaja a Nueva York para participar en el Primer Festival Internacional de Coros Universitarios, al que asistieron 18 conjuntos del mundo, cinco de ellos latinoamericanos.

El Orfeón Universitario ya era para ese momento una referencia del panorama musical venezolano, una institución verdaderamente fundamental de la cultura nacional. La semilla había germinado y ahora comenzaba a dar sus frutos. Emulando su ejemplo, comienzan a surgir coros a lo largo y ancho del país, en universidades, liceos e institutos pedagógicos, en bancos e instituciones privadas y públicas.

Dolor nacional

Calaboceno como su tío Antonio, Raúl Delgado Estévez había pertenecido a la agrupación en la época en que Adames era el director. Ingresó a mediados de los años sesenta y permaneció en ella

por siete años. Luego marcharía a París a perfeccionar sus estudios musicales durante cinco años. Al regresar, el Orfeón Universitario le pide apoyo para una gira por Europa: le ofrecieron viajar con ellos como director invitado. Días antes del viaje, le solicitaron que se adelantara para encargarse de algunas actividades concernientes al tránsito de la agrupación por Europa.

El fructífero transitar del Orfeón Universitario se detuvo trágicamente el viernes 3 de septiembre de 1976. El Orfeón se disponía a asistir al XII Día Internacional de Canto Coral, en Barcelona, España, cuando fue víctima de un accidente aéreo en las Islas Azores, en el que fallecieron todos sus integrantes, incluidos su director Vinicio Adames, su profesora de canto Leyla Mastroccola y su coordinadora Mercedes Ferrer. Tal tragedia significó para el país no solo la pérdida de una de sus instituciones musicales más queridas, sino también el doloroso hecho de constatar la indolencia y la indiferencia que muchas veces caracterizan a quienes, teniendo la posibilidad de decidir los aportes económicos para costear un viaje de esta naturaleza, voltean la cara y se hacen la vista gorda ante las solicitudes y las necesidades de apoyo. El país se conmovió hasta la más íntima fibra ante una desgracia que lo enlutaría por mucho tiempo; ante una fatalidad que vivió como suya.

Tercer aliento: Raúl Delgado Estévez

Una vez asumido el duelo nacional, con renovado brío y entusiasmo vuelve el Orfeón Universitario a organizarse. Con exorfeonistas y nuevos integrantes, y bajo la coordinación general de Graciela Gamboa Calderón y la dirección musical de Raúl Delgado Estévez, comienzan de nuevo los ensayos. Por esas casualidades de la vida, Gamboa, quien pertenecía a la agrupación desde 1962, no pudo viajar en aquella ocasión y Delgado se había salvado del accidente porque había viajado días antes a España.

Ante un Aula Magna repleta a más no poder, el Orfeón Universitario, cual ave fénix, reapareció el domingo 27 de marzo de 1977 luego de seis meses de intenso trabajo. Con una conmovedora presentación, transmitida por televisión a todo el país, el Orfeón Universitario dio una muestra fehaciente de pundonor y gallardía, de recuperación ante la fatalidad y de los más altos valores que cualquier empresa humana haya podido dar, haciendo honor a uno de

los versos de su emotivo himno: «Esta casa que vence la sombra».

El maestro Raúl Delgado Estévez no solo conservará el estilo de la agrupación; también mantendrá un grado óptimo de calidad musical, que le valió el reconocimiento del medio musical tanto nacional como internacional. Junto a Delgado, la figura insoslayable de Graciela Gamboa, coordinadora general de las actividades del Orfeón, será garante del éxito del nuevo ciclo vital del conjunto coral.

Se retoman las giras internacionales: Bélgica, Bulgaria, Polonia y Francia (1978); Francia e Italia (1981); Brasil, Argentina, Perú y Ecuador (1983); República Dominicana (1984); Argentina (1985); Cuba (1989); Estados Unidos (1992); Portugal y Francia (1993); Chile, Argentina, Uruguay y Brasil (1995); China, Corea del Sur, Taiwán y Japón (1997). También participa en importantes eventos corales internacionales: II Festival Mundial de Coros de Manila, Filipinas (1981); XI Festival de Coros de Guayaquil (1985); XXIII Concurso Internacional de Coros, en Montreux, Suiza (1987), donde el jurado le otorgó la calificación «Excelente con felicitaciones del jurado»; Festival Coral Latinoamericano, San Juan, Puerto Rico (1988); XXIII Concurso Internacional de Coros, en Montreux, Suiza (1990), esta vez obtuvo la calificación «Excelente» y el Gran Premio del Público; Festival latinoamericano de Coros, Mendoza, Argentina (1995).

En 1983, con motivo de sus cuarenta años de fundado, el Orfeón Universitario recibe de manos del presidente de la República, Luis Herrera Campins, la declaración de «Patrimonio Artístico y Cultural de la Nación». Amén de la intensa actividad internacional, el Orfeón Universitario mantendrá el ritmo de sus presentaciones nacionales y la prosecución, cada cinco años, del Encuentro Nacional de Coros Universitarios, vitrina por excelencia de lo mejor del movimiento coral del país. También se realizaron cuatro ediciones del Festival Latinoamericano de Coros Universitarios (1983, 1988, 1993 y 1998), en las que el público venezolano tuvo la oportunidad de apreciar el arte interpretativo de coros provenientes de Argentina, Costa Rica, Cuba, Ecuador, Estados Unidos, Guatemala, México, Perú, Puerto Rico y República Dominicana, y el Orfeón compartió escenario con coros de universidades nacionales. La edición de 1993, que coincidió con el medio siglo de existencia del Orfeón,

fue realizada en sentido homenaje a quien le dio 23 años de su vida como director, el maestro Vinicio Adames. En la edición de 1998 se le rindió el merecido homenaje a quien 55 años atrás tuvo la visión de crear, para la UCV, su Orfeón Universitario: Rafael Pizani.

El maestro Raúl Delgado Estévez se despidió de la agrupación, luego de 23 años al frente, con un emotivo concierto en el Aula Magna el sábado 27 de marzo de 1999, coincidiendo con el 22° aniversario de la reaparición del Orfeón Universitario, y dejó en manos de quien suscribe estas líneas la enorme responsabilidad de dirigir el coro.

El momento actual

En 1992, coincidiendo con el 45 aniversario de la agrupación, Delgado Estévez me propuso trabajar a su lado como director asistente. El 1 de abril de ese año entré a formar parte de esta saga. Fueron siete intensos años en los que compartí con él la experiencia de conducir los destinos del Orfeón por los a veces intrincados derroteros del arte coral, y darle continuidad a una historia de luengos años. Junto a Graciela Gamboa Calderón, baluarte importante de toda esta historia, tuve la suerte de compartir estos espacios hasta julio de 2005, cuando decidió retirarse luego de 43 años de labor entregada, en los que dio lo mejor de sí como integrante, desde 1962, y como coordinadora desde 1976. Ella enseñó y ahondó en el arte de las relaciones humanas, necesarias para el logro de los propósitos de la agrupación.

A partir de 2005 Luis Perdomo Silva asume la coordinación del coro. Su experiencia en el área internacional dejaría interesantes frutos para la agrupación. Con él emprendió el Orfeón nuevamente su desandar por tierras lejanas. En 1999, la agrupación viaja a Oporto, Portugal, al Festival de Coros Universitarios. Luego, en 2001, emprende uno de sus más largos recorridos por diferentes ciudades de España, Portugal, Francia, Holanda, Alemania e Inglaterra. En 2003, el Orfeón viaja a Finlandia, Estonia, Dinamarca, Noruega y Suecia. Más adelante, en 2006, visita de nuevo Portugal, España y, por primera vez, República Checa. Ese año ingresa como director asistente el joven Raúl López Moreno, quien más adelante asumirá, en 2012, las riendas de la agrupación.

Con Luis Perdomo Silva tuve la satisfacción de organizar los encuentros corales celebratorios de los 60°

y 65° aniversarios del Orfeón, en los que se homenajearon a Raúl Delgado Estévez, en 2003, y a Graciela Gamboa Calderón, en 2008. Este año marcaría el retiro de Perdomo como coordinador e integrante que había sido desde 1991 y el comienzo, como coordinadora, de la joven Diana Herrera Pinto, integrante desde 1993. Con este equipo, el coro viaja a Italia en 2010.

En 2012, quien suscribe toma la decisión de retirarse de la agrupación, luego de veinte inolvidables años: siete como director asistente y trece como director titular. Con un concierto en el Aula Magna el viernes 20 de julio se

za de aquellos que perdían a sus seres más queridos; la alegría de ver cómo se convertían en madres y padres aquellos que antes se habían conocido y ahora se habían casado; la despedida de aquellos que, por razones personales, profesionales o familiares, se tenían que retirar; la imposición de la boina azul a los nuevos integrantes varones y el botón de la solapa a las hembras; y el ritual de encender un yesquero cuando celebrábamos el cumpleaños de algún integrante. Durante siete intensos años pude compartir con éxito, al

Son tantos los paisajes, las canciones, las vivencias y anécdotas y, sobre todo, las personas que me habitan, lo que me hace ardua y difícil la despedida. El solo hecho de pensar que ya no tendré a diario sus miradas cómplices, la sonrisa franca al momento del aplauso, o la lágrima que rueda emocionada en algún instante de solemnidad, me produce un abismo en el pecho difícil de soportar. Por todas estas cosas y por muchísimas otras que sería imposible enumerar aquí, quiero agradecer a todos y cada uno de los que hasta hoy me han acompañado, la fortuna de haber compartido tantas e inolvidables experiencias, y recordarles que la historia del Orfeón Universitario continúa hacia adelante, como un acorazado indetenible, y que esa historia la llevan sobre sus hombros como una marca indeleble, como un tatuaje imborrable. Ahora les toca la responsabilidad de guiar al Orfeón Universitario a Raúl López Moreno, quien ha demostrado fehacientemente poseer el talento y el don para hacerlo y quien ha compartido conmigo innumerables años de experiencias y una inclaudicable y verdadera amistad, y a Diana Herrera Pinto, nuestra actual y pujante coordinadora general, quien se apresta también a cumplir veinte años en la agrupación. Y también les toca a ustedes acompañarlos en esta nueva ruta que se abre en el horizonte. Ambos, Raúl y Diana, recogen ahora el testigo de esta hermosa historia y confío plenamente, no tengo la menor duda, que junto a ustedes la seguirán escribiendo con orgullo. Así será.

Setenta años. Qué fácil se dice. Un florilegio de canciones, conciertos, festivales, discos, viajes, lágrimas y sonrisas, grandes personajes de la música venezolana como Morella Muñoz, Jesús Sevillano, María Teresa Chacín, Aída Navarro, Alí Agüero, Otilio Galíndez e Idwer Álvarez, por citar unos pocos entre muchos, marcan uno de los hitos musicales más importantes del siglo XX venezolano, el cual se apresta, en pleno siglo XXI, a seguir hacia adelante.

«Empujad hacia el alma la vida en mensaje de marcha triunfal».

¡Salud, Orfeón! 

Vinicio Adames llegó a efectuar más de dos mil conciertos durante los 23 años que estuvo al frente del Orfeón

llevó a cabo, junto al coro de boinas azules, un íntimo acto de despedida. Quede como testimonio del paso por una de las agrupaciones corales más importantes del país parte de las palabras pronunciadas esa noche:

Hoy pasan por mi memoria innumerables recuerdos y acontecimientos que han marcado indeleblemente y para siempre, mi vida. En el Orfeón Universitario tuve la fortuna de conocer gente fantástica, ganada y comprometida en enaltecer la historia de la agrupación: a Raúl Delgado Estévez, con quien tuve la suerte de ahondar y profundizar en los arcanos que se esconden detrás del madrigal venezolano; a Graciela Gamboa y a Luis Perdomo, infatigables coordinadores, cada uno en su momento, cada uno en su medida: Graciela, incansable por muchos años; Luis, no tantos como Graciela, pero también inagotable; a Jaime y Nuria Arteaga, dos pilares fundamentales; a Elena Rodríguez y su indomable buen humor; y a tantos otros que incluso habían cantado bajo la dirección de Vinicio Adames que no alcanzaría este espacio para mencionarlos. Tuve también el privilegio de palpar la historia viva del Orfeón a través de aquellos que incluso fueron sus fundadores, por ejemplo, los esposos Celina y Pedro Ponce Ducharme; la dicha de compartir los éxitos de aquellos que, formando filas en el Orfeón, culminaban sus estudios y se graduaban; la triste-

lado de Raúl, cada uno de los hermosos escenarios donde el Orfeón actuó, y luego, con la responsabilidad únicamente sobre mis hombros, consolidar ese largo camino que el Orfeón, imparable, comenzaría en 1943. Pude constatar, en cada uno de los rincones del planeta a donde pudimos llegar, no sólo la presencia de la Universidad Central de Venezuela sino también la de la venezolanidad. No importa cuán apartado hubiese sido ese rincón, allí siempre estaría algún venezolano dispuesto a aplaudir hasta rabiarse a ese pedacito de patria que se llama Orfeón Universitario. También con él pude constatar la solemnidad del luto que aún embarga a los habitantes de Lajes, al este de la isla Terceira, lugar donde un 3 de septiembre de 1976 se sembraría el Orfeón para siempre. También en los espacios que habita el Orfeón Universitario conocí a mi esposa y compañera, Laura Morales Balza; y en esos espacios vi crecer a nuestro hijo Simón Odoardo, así como también a cada uno de los hijos orfeonistas. De allí que consideremos al Orfeón Universitario, más que una casa, una escuela y una familia. El trabajo en equipo y la disciplina en aras del logro de los más altos objetivos artísticos y musicales genera una conducta que ha marcado, marca y marcará para siempre a sus integrantes. Ser orfeonista es una forma de ser, un modo de ver y sentir la vida que no se adquiere en ningún otro lugar.